

Huairapamushcas, *una novela de la sociedad serrana*

Huairapamushcas (1948)¹ reviste un interés particular por ser la obra que cierra el periodo que *Huasipungo* había inaugurado y, en la que el autor, además de ofrecer su definitiva interpretación de la cuestión indígena, tiene la pretensión de formularla en términos de una visión global. Icaza no quiere mostrar sólo conflictos parciales de clase, sino que tiene la firme decisión de dar una definición total de la sociedad serrana, en cuanto a sus direcciones y rasgos fundamentales. Después de esta novela Icaza sólo escribirá sobre el tema serrano algunos cuentos que ya no pueden cumplir ningún proyecto tan ambicioso ni tampoco añaden nada original a lo ya dicho. Por otra parte, elementos utilizados en *Huasipungo* se reconocen con facilidad en *Huairapamushcas*. En esta novela el narrador vuelve a emplear esquemas, motivaciones y situaciones ya presentes en aquella.

Huairapamushcas es una narración construida sobre el modelo indigenista-criollista que proporciona temas, estructuras, motivos y personajes. La razón de su elección estética es que Icaza conocía —se había formado en— este modelo por su práctica anterior de narrador que le había demostrado de sobra, antes ya de 1948, su idoneidad para construir una novela que admitiera un importante componente social e ideológico. Es decir, para volcar una interpretación determinada de la sociedad en una forma narrativa. No obstante, del esquema indigenista-criollista Icaza selecciona algunas variantes que dejan entrever el perfil ideológico del autor ecuatoriano. El modelo contiene motivos como la llegada de un protagonista urbano y culto a una sociedad rural, los enfrentamientos con el medio y sus gentes, el esquema de distribución de los personajes en bandos claramente contrapuestos, además de la oposición a un antagonista (Isidro, el mayordomo), representante del contexto rural, dotado de rasgos psicológicos locales —taimado, violento, traidor— que se guía por intereses cuyo origen también se enraíza en el medio; proyectos de modernización y cambio del recién llegado, en este caso limitados por la rectificación que el

1. Todas las citas corresponden a esta edición.

autor introduce; enamoramiento o caída sexual de del héroe que queda preso en las arterias de una joven de la región, la cual que simboliza lo instintivo y telúrico. Así ocurre con Gabriel, atraído primero por Juana y atrapado luego en los ardides de Salomé Cumbá, como parte de los planes de Isidro; trayectoria evolutiva de dos de los protagonistas de manera contraria pero al final compatible.

La intención de Icaza en esta obra fue ofrecer una teoría de la sociedad andina, de la naturaleza del poder político y de la clase dominante, de las formas y causas de su reproducción, estabilidad y perdurabilidad; de las relaciones de clase; del papel de la clase media o chola y el de los campesinos indígenas, y aportar finalmente una interpretación del futuro de esa sociedad. Teniendo presente estos objetivos tan amplios podemos entender que buscara un marco narrativo que se consideraba el más pertinente para la reproducción de los conflictos sociopolíticos. El desenlace mostrará, por su parte, la solución de los temas planteados, con explícitos mensajes finales, distribuidos en tres fases. En este artículo estudiaremos exclusivamente una de estas trayectorias protagónicas, la que coresponde a Gabriel.

La acción narrativa da comienzo con Gabriel que es el encargado de cumplir el papel de latifundista. Por su actuación, concebida como una evolución *formativa*, el autor propone una explicación de la índole del poder y de su continuidad. Por tanto, su singladura se compone de episodios que se encaminan hacia su conversión final en un pleno representante de la clase dominante. Esta evolución se divide en dos periodos, el primero y más extenso, de desorientación y el segundo de dominio, a partir del descubrimiento de los engaños del mayordomo. En el primero Gabriel es parcialmente pasivo aunque entabla ya relaciones decisivas con personajes de las otras clases: con la longa Juana y con los cholos Isidro y hermanas Cumbá. Ambos contactos son absolutamente necesarios para su transformación última en gamonal.

Al iniciarse la acción Gabriel forma parte de la función inaugural de ruptura que pone en marcha el relato. La causa primera cae fuera del origen temporal pero se introduce mediante los recuerdos del personaje, que cumplen una función explicativa, en la unidad narrativa de la llegada de su viaje. De manera muy económica Icaza hace confluir varios elementos: el contraste entre las peripecias del viaje y sus pensamientos y recuerdos, es decir, las escenas de la muerte de su pariente latifundista que justifican la presencia de Gabriel en el fundo, y la aportación de los primeros datos sobre el protagonista. La secuencia inicial tiene el cometido de mostrar la desorientación de Gabriel en la realidad andina, mediante alusiones significativas como la de la niebla que le impide ver el camino, y las palabras del guía de que se deje llevar por el animal, por el caballo, indicación de que lo racional no es tan importante como lo instintivo. Todo esto es una anticipación y signo de fases posteriores de la narración ya que Gabriel evolucionará en esa dirección.

Por tanto, la obra se abre con la superposición de dos motivos, muerte + viaje/llegada, enfocados desde el personaje. Una nueva etapa llena de posibilidades se ha abierto con la muerte del anterior terrateniente. Necesariamente se van a generar sucesivas situaciones alternativas, y esta solución narrativa es la que precisa Icaza para volcar su visión de la sierra. Por último, la llegada tiene otro valor directamente relacionado con un significado central de la novela, el concepto de extraño, vinculado al de *huaira*.

El interés del relato en estos primeros compases se centra en la figura de Gabriel, el sucesor del latifundista desaparecido. Sin embargo, a pesar de ser origen de nuevos lances, casi siempre muestra una especial pasividad la cual se ha de convertir en su símbolo último y en el de su clase. Gabriel es el extraño que por llegar a un lugar desconocido va a justificar toda descripción puesto que la realidad en conjunto atrae su interés o, más exactamente, porque tiene la necesidad de conocerlo todo. Esta circunstancia es el origen de sus reacciones, las cuales van a ser observadas y provocadas por el mayordomo Isidro con el fin de saber cómo desarrollar su estrategia. Estas unidades estructurales le resultan muy útiles al autor porque le permiten exponer mejor los procesos de transformación de Gabriel en latifundista y del mayordomo en propietario. Es decir, tiene la posibilidad de describir sus conductas desde el comienzo mismo, lo que es importante desde el punto de vista de la argumentación ideológica. A su vez, la llegada motiva el uso de procedimientos como las descripciones, las reflexiones de y los análisis sobre el héroe, las conversaciones con el mayordomo o las cartas a supuestos amigos de la ciudad. Este último recurso resulta poco convincente y nada nuevo, pero se comprende como solución alternativa para aliviar el texto de monólogos o exposición de procesos mentales de Gabriel, quien ciertamente no tiene en quien confiarse. Este aislamiento se convierte en un primer signo de su futura condición de patrón.

Otro aspecto que completa lo dicho hasta ahora es la actuación del narrador y la actitud que adopta respecto a su personaje. Dado el tipo de novela, es contundente y dominante en su información, posee una certeza inapelable pero adopta otros registros, especialmente el irónico y sarcástico en sus comentarios sobre los personajes. Estas posturas vienen a mostrar la distancia entre ambas categorías y subrayan que Gabriel no es *su* héroe. Los apuntes aparecen desde la misma inserción del personaje en el relato, ya sean las acotaciones, precisiones descriptivas como los comentarios, introspecciones y revelación de las motivaciones de Gabriel. El contraste grotesco y rebajador entre grandeza y penuria, se expone en el hecho de pasar la noche en una posada llena de pulgas, llamarle «caballero en mula parda», la enumeración exagerada de honores de familia o la falta de valor y lo ridículo, por lo inapropiado, de sus reacciones de indole urbana en un medio rural: «Aquel andar a ciegas (...) oprimia en el coraje y en las prosas ciudadanas del flamante latifundista». *Cualidades* inútiles por la

inexperiencia del medio lo cual contrasta con la habilidad y socarronería del mayordomo. Como veremos a continuación, desde el mismo instante de su aparición al protagonista se le adjudican rasgos negativos, y en esto su función no se ajusta al modelo tradicional, por lo cual Gabriel resulta más bien un antihéroe, viene a ser su inversión y prueba de su descreimiento. A partir del momento en que recuerda la muerte de su suegro, se configura como una personalidad de escaso valor por su pragmatismo, oportunismo, traición a sus ideales políticos y a sus principios morales, al aceptar un matrimonio por interés.

Otro de los rasgos característicos del modelo indigenista-criollista de héroe se constituía en torno al eje progreso/atraso. Según esto el recién llegado se proponía la tarea de civilizar el país, sacarlo de las formas de estancamiento económico-social. Este motivo narrativo se desarrolla a través de varias secuencias y conducta del personaje. Como quedó apuntado ya, la llegada a la hacienda y las secuencias posteriores de familiarización con el latifundio tiene una fundamentación sólida. La descripción de la propiedad y el comportamiento de Gabriel, propio de un burgués, establecen la diferencia entre la esfera de lo civilizado, del progreso, y la esfera de lo rural, de la miseria. Aquí comienza el contacto directo con la realidad serrana y es preciso anotar cómo el narrador, que utiliza el enfoque del personaje, participa por momentos de las ideas de Gabriel. Quiere esto decir que ambos comparten el disgusto por las condiciones de vida degradadas, por las relaciones elementales, por la promiscuidad y la ausencia de comodidades, al tiempo que el protagonista no abandona sus pretensiones de lujo. El narrador comparte términos propios de su discurso y no introduce notas irónicas ante las reacciones de Gabriel.

La construcción de este personaje se completa mediante otro enfoque, el que suministra una de las cartas a su amigo C. Valle, que ideológicamente lo sitúa dentro del liberalismo, especialmente al recordar sus actitudes en contra de los latifundistas: «Me tienes metido en un papel nada grato: Patrón. Su Merced. Taitiquito. ¡Figúrate! Después de haber hablado tanto y tan mal de aquella ilustre alimaña de nuestra historia, de nuestra economía, de nuestro tipismo» (25).

Su ideología liberal vuelve a encontrarse en otra serie de posturas débilmente sostenidas que han de ceder ante la fuerza de las cosas: su defensa de actitudes racionales, su anticlericalismo o su aprecio de la civilización.

Un segundo aspecto de la contradicción campo/ciudad está en su deseo de querer desarrollar económicamente la hacienda. Aquí volvemos a encontrar la desviación del modelo, puesto que lo que lo impulsa no es un ideal, una preocupación sincera por el país, por su futuro, sino su exclusivo beneficio personal, su ambición. Es por lo que sus ideas de reforma tienen el objetivo principal de asegurarle el poder vivir de la propiedad como rentista absentista, pero no le interesa la posible riqueza, si, a cambio, supone trabajo y esfuerzo. En pocas palabras, lo que busca es una manera rápida

de enriquecerse. El concepto de progreso no tiene un aliento amplio, por el contrario, vuelve a ser la degradación de la idea. En consecuencia, las pretensiones de Gabriel por modernizar el sistema de producción son ridiculizadas por el narrador a causa de lo irrazonable y contraproducente de sus propuestas. En concreto, su incapacidad de comprensión le lleva a deshacerse de sectores muy rentables, por entrar en conflicto con sus hábitos remilgados y educación.

En la siguiente fase de la evolución de Gabriel se establecen los términos que le van a guiar definitivamente. Una vez que se ha constatado su choque con el medio, la siguiente etapa encauza su actuación hacia el planteamiento principal. El conflicto se ciñe al enfrentamiento con el medio natural-social y queda definido por la oscilación entre dos fuerzas: su intención de modernización —es decir, de domeñar el medio— por más espúrea que sea, pero que subjetivamente, como liberal, Gabriel asume, y la entrega a las fuerzas del entorno natural que lo pueden arrastrar a una vida embrutecida, reproductora del marasmo y de las conductas tradicionales.

El novelista quiere dejar expuesto claramente este conflicto y para eso el narrador lo formula de manera autoritaria y teórica; la primera carta viene a corroborar sus palabras. Muestra cómo se le impone al protagonista esta sociedad, a través de un proceso ambivalente y simultáneo de aceptación/rechazo, ayudándose con la intercalación de indicios, según va construyendo la explicación de la dualidad de su personaje como desorientación/rechazo (dominio).

El hecho de sentirse un factor de progreso muy en consonancia con la conciencia que inicialmente Gabriel tiene de sí mismo, está corregida por los frecuentes comentarios sarcásticos del narrador que, no obstante, tiene una intención de más largo alcance, la de que el progreso en la sociedad serrana está condenado al fracaso.

La segunda fuerza con la que se debate Gabriel es la del medio que trata de absorberlo. Antes de llegar al planteamiento concreto de este conflicto, el narrador fue dejando pistas que consolidasen su interpretación, en concreto, el carácter instintivo, de impulso, que emerge más allá del dominio de la razón. Así se debe interpretar la reacción ante la longa Juana en el momento de su llegada o las actitudes de rechazo de objetos simbólicos como el látigo. Dado que estamos ante una de las tesis principales del relato, el narrador adopta una postura *teórica*, explicativa, que enmarca la acción con un detenimiento previo. Ha escogido una inflexión narrativa por la que asegurar la validez de la argumentación, y para apuntalarla recurre a una solución muy propia de su técnica, utilizar un procedimiento y un enfoque distintos que corroboren sus palabras previas y que, por añadidura, diversifiquen el relato. En esta ocasión las palabras del narrador son apoyadas por la carta del protagonista Gabriel, que confiere la buscada objetividad. El texto inicial a cargo del narrador lo expone sin vaguedades:

La otra actitud de Gabriel, la que podemos clasificar como afinidad ancestral, fue expresándose en una inclinación curiosa e inconsciente por la compañía de la longa Juana, no obstante la repugnancia, no obstante la angustia que le producía aquella voz en perpetuo trance de pedir perdón... (24).

Desde este instante Icaza deja bien claro en qué términos se va a ir desenvolviendo el conflicto entre Gabriel y el medio. Su transformación en latifundista pasa por su integración al entorno natural, pero esto se realizará a través de un proceso confuso en el que luchan la actitud racional, analítica, y los impulsos interiores, las pulsiones oscuras promovidas por lo orgánico. La tendencia «ancestral» será la que se imponga, porque es la que forma la figura social del latifundista, y es la que ha ido aflorando en sentimientos espontáneos, al conocer la casa, los siervos y especialmente en la atracción sexual por la longa Juana. Es evidente que esta evolución se ofrece a través de un período de confusión y contradicción del personaje, no surge automática o unilateralmente. Lo importante es que la «afinidad» ancestral, la que corresponde a las fuerzas del medio, se asienta sobre una base orgánica que será la que convierta a Gabriel en un latifundista, encajado perfectamente en la estructura de la sociedad serrana.

Se puede afirmar, entonces, que para Icaza el origen del poder político en esa sociedad se encuentra en el orden de lo biológico. La capacidad de ejercer el poder se explica en virtud de pulsiones orgánicas que propician reacciones psicológicas primitivas. El conjunto natural-social despierta estos rasgos ancestrales y atávicos. Fuerzas oscuras que, no obstante, se precisan para cumplir la necesaria adaptación y la adquisición de la capacidad política, incluida la violencia represiva. En resumen, una cierta teoría de lo orgánico y de una psicología de lo irracional pasan a dar razón de la estructura de poder, de la sociedad y de los comportamientos de clase.

Cuando Gabriel llega a la hacienda, su condición, nacida de un entorno urbano, aún no dominada por el medio, hace que rechace los signos del ser y del poder del patrón: el látigo y los olores. Lo contradictorio del proceso se va articulando en sucesivas secuencias. La explosión violenta contra Juana es prueba tanto de un sentimiento de extrañeza, de diferencia, como de la aparición espontánea de lo instintivo que resulta insoportable. Es decir, la presencia del desagrado y la atracción inconfesable, la violencia como defensa y como integración:

El pungente vaho de miseria y suciedad que exhalaba la servicia colmó la resignación de Gabriel. Había de todo: perro mojado y sudores recónditos, boñiga fresca y carne podrida, chiquero al sol y carne negroide... A la insistencia de aquel ser repugnante, Gabriel, más que ofendido, desesperado, cruzó a latigazos la cara de la india, a quien se creyó por breves momentos irremediablemente uncido» (16).

Violencia y materia orgánica se entrelazan en el primer contacto de Gabriel con la realidad. Más adelante, al entrar en el cuarto del antiguo

patrón, Gabriel reacciona en contra del látigo porque intuye la amenaza del medio, de ahí su «inexplicable deseo de huir», y todavía en la primera carta nos enteramos que se niega a cogerlo. No obstante, ya el mayordomo da las claves de su significado y sugiere el inevitable destino del protagonista: Símbolo del poder del amo, lo empleará sólo cuando se haya transformado en otro ser que acepte las normas del medio. Esta es la condición y razón del poder político:

¡El látigo! —murmuró.

..... ¿Mi herencia?

—Con la tierra...Con los peones.

—Pero está sucio. Despide mal olor.

—Así mismo es pes —continuó el mayordomo, metiendo las narices deleitosamente en las correas renegridas— a pelo de mula, a tempestad de páramo, a lodo de pantano, a sudor y sangre de indio. ¿Sin esto ca, qué patrón ha de ser pes?» (21).

Posteriormente el dominio de lo primitivo en él —camino de su transformación en terrateniente— le empuja a la violencia. Gabriel utiliza el látigo voluntariamente una vez que ha sido dominado por el medio, y son causas ancestrales, en primer lugar, a las que se somete el significado de lo social. El látigo es, entonces, símbolo de una actitud psicológica nueva que es necesaria para detentar el poder, nacida del medio como lo asegura el olor. Tal como lo formula el texto, se propone que lo orgánico explique lo social.

En el marco de la evolución del protagonista y en relación con las fuerzas de transformación del medio, la actitud de Gabriel hacia los indios proporciona nuevos detalles del proceso. Dentro del desconocimiento de la realidad rural que caracteriza al nuevo señor de la tierra, éste entra en contacto con los indígenas. Hay dos momentos importantes. El primero está situado al comienzo de su evolución, cuando vive un período ambiguo, tironeado entre su formación urbana y las determinantes naturales. Por medio de una carta, Gabriel —en este caso expresando palmariamente las ideas del autor implícito— expone su postura respecto al indio. Es una teoría de la degradación, de su organicidad e inevitable desaparición:

Yo, en cambio, estoy confundido en mí mismo, en el capricho de la geografía. No sé... no me explico... pero el indio que habita, hacia lo alto y hacia lo largo, este paisaje de perpetua contradicción, me desconcierta cada vez más y más. ¿Será tal vez que al verles sumidos en la miseria de la choza, del jergón, de indolencia, de la oscuridad mental, del mutismo, he intuido su agonía? ¡Sí! No importa ver a los niños corriendo tras de las cercas de huasipungos, no importa tampoco que la india vaya siempre en pos del marido y que el macho resista diez horas de labranza, cuando para hacer todo aquello tienen primero que pedir permiso al látigo del amo. ¿Y saber qué me indujo a pensar en la descomposición de estas gentes? ¡Ah! ¡El olor...! El maldito olor que despiden. Es el olor que despiden los moribundos. ¿No me crees?» (30).

Lo que llama la atención es esta actitud tan diferente, en relación a otras posteriores del mismo Gabriel, y respecto a las del mayordomo. En primer lugar se encuentra el reconocimiento del efecto que ejerce el entorno —la geografía— sobre los individuos, tanto indios como señores. Lo que Icaza plantea ejemplarmente en el texto por medio de su personaje es la cuestión indígena desde su punto de vista. Gabriel experimenta un conflicto, el de su desconcierto entre una imagen favorable del indio, fruto de una vaga comprensión idealizada, de tipo teórico, y anterior a su llegada a la sierra, y la realidad que ha podido observar aquí directamente, lo cual ha provocado que su idealización primera ya no se pueda sostener por más tiempo. Al descubrir la *verdadera* condición indígena, Gabriel se ve obligado a reconocer lo inútil de su simpatía, lo que se manifiesta en el tono de aceptación desilusionada de sus palabras. El hecho inapelable es que hay que admitir la degradación de los indios. El descubrimiento patético de Gabriel es precisamente que de nada sirve adoptar posturas ideológicas a su favor, que no tengan en cuenta el hecho de su degeneración por el medio, y el carácter orgánico del proceso lo resalta el narrador con los términos «agonía», «descomposición» y especialmente «olor». Por ello son incapaces de superar la sumisión a la autoridad del patrón y, aunque tengan cualidades —lo que vuelve más desgarrador el problema—, no es posible confiar en su emancipación.

Un segundo momento lo constituyen las secuencias del castigo de Tixi y el diálogo con Isidro, durante el viaje a Guagraloma, en el cual éste le informa sobre los diversos grupos de indios. Gabriel muestra desconocer la cuestión, pero sus parcas o inexistentes respuestas parecen indicar —haciendo salvedad de su abstracción por el asunto de Juana— un desinterés notable. En resumen, toda esta información, así como su carta anterior, no ejercen ninguna función posterior con Gabriel. Parece como si Icaza se desentendiera de plantear esta cuestión porque le interesa más definir a los cholos y sus relaciones con los indios.

No obstante, es en la línea secuencial de la relación y seducción de la india Juana donde se puede observar con más precisión el proceso de contaminación y sometimiento de Gabriel por el medio natural. En realidad, la atracción y violación de Juana viene a ser el paso del umbral en su aprendizaje. El autor ha cuidado estos episodios por sus consecuencias decisivas en futuros lances. Desde su encuentro con la servicia el nuevo patrón experimenta un sentimiento de amenaza o de trampa, por la intensa e inesperada irrupción de lo orgánico. Gracias a las dos primeras cartas podemos seguir los estados psicológicos de Gabriel.

En ellas cuenta cómo su interés por Juana origina en él una fuerte contradicción, al generar impulsos simultáneos y opuestos de atracción y rechazo, para los que no puede hallar ninguna explicación, limitándose a decir que es «inexplicable» o «absurdo». Es decir, por el momento no puede concebir, o no se atreve a aceptar, esta relación, debido a su formación racionalista, culta y de extracción urbana.

Sin embargo, el hecho es que se encuentra acuciado por fuerzas que lo desorientan o de las que no tenía conciencia. Así lo confirman las reacciones de burlona incredulidad que presupone en el destinatario de su carta, y con el que se deduce que ha compartido en el pasado posturas ideológicas. La índole del proceso queda definida, una vez más, por el factor orgánico, especialmente manifestado en el olor. Su valor representativo viene dado en la implicación de los procesos de fermentación, descomposición, generación que remiten al entorno natural serrano.

Lo que el medio, a través de uno de sus integrantes, la longa Juana, provoca es el surgimiento de los instintos más profundos, insospechados, y con ellos las tendencias psicológicas más primitivas, turbias e irracionales. Como en la segunda carta se explica, el proceso orgánico conduce al recuerdo de la madre moribunda, lo que permite una fusión de lo biológico y psicológico y termina en las formas desviadas y opuestas de placer y repulsión:

Bajo el apremio de la muerte. En las noches que velaba la agonía de mamá, sorprendí el mismo y angustioso perfume. Quedó fosilizado en mi sentimiento, pero con sádicas ataduras de deleite y asco» (30).

El deseo de la india y la imagen de la mujer están interpretados en términos inequívocamente orgánicos —no hay una atracción amorosa en función de otra simbología (las múltiples del idealismo burgués)— ya que es la fermentación y la descomposición lo que suscita la atracción, y la mujer es configurada en sus aspectos más primarios. Además la relación entre sexo, incluyendo formas transgresoras (desde la perspectiva convencional), y psicología queda demostrada. Juana simboliza la tierra, la naturaleza, pero en su dimensión activa elemental y no estática, que sería lo propio de las formas canónicas del ideal.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que la atracción es mutua, dado que un mismo principio es el que actúa, lo ancestral presente en el sexo, medio por el cual los individuos son conducidos a realizar los objetivos básicos de la especie. Por tanto, hay un cruce de funciones, el agresor es también víctima; la mujer es al mismo tiempo desafío y humildad, provocación y temor, insistencia y pasividad. Las palabras de Gabriel testimonian este hecho: «Si pudiera por lo menos explicarte lo absurdo de la persecución silenciosa, humilde —quizás mutua—, a la cual me parece estar condenado con la longa Juana (...)» (25).

Como se comprueba también en el episodio de la violación, estas interpretaciones no son lucubraciones de Gabriel, ni siquiera en el giro trivial referente a la abstinencia sexual, ya que se corroboran en la conducta de Juana y en el análisis de la conciencia de Gabriel que efectúa el narrador.

A partir de su contacto sexual con la india, la transformación del protagonista se hace con más precisión. La secuencia en la que golpea a Tixi

con el látigo es un paso intermedio en el abandono de sus ideas respecto a los indios, según se expresaba en las cartas. Como apunta el narrador:

Hay que advertir que el sentimiento ambivalente de Gabriel, gracias al trabajo de la realidad, se iba canalizando —en sus dos tendencias— hacia una convicción que aplacaba remordimientos, que justificaba errores, que endiosaba actitudes ridículas: «Soy el amo, el dueño y señor de cuanto abarca el horizonte» (51).

Todo lo visto hasta ahora se hace necesario articularlo al objetivo principal de Icaza de aportar una interpretación de la realidad andina.

El autor se sitúa ante el hecho incontrovertible, para él, de la continuidad y estabilidad de la sociedad serrana y quiere dar una explicación de esto a partir del estudio del poder. El análisis de la clase dominante no se realiza en términos estrictamente políticos sino, primeramente, desde una base de filiación naturalista, en la que se tiende a argumentar que el medio es el que determina a la actividad social, como ya se ha visto en la conversión de Gabriel.

El entorno es el que le dicta conductas de administración y ejercicio del poder opresivo. En última instancia, el poder de la clase hegemónica tendría un origen natural inmemorial y sería resultado de un oscuro proceso. Icaza lo analiza en sí mismo, mostrando su articulación psicológica y poniéndolo en relación a la teoría del medio.

En resumen, las claves del poder estarían en el vínculo primario y en la psicología emanada de éste y no en el correlato de la dominación: La resistencia del campesinado indígena. Sin embargo, para ser más exactos, el pueblo sí aparece en correlación al terrateniente pero bajo una forma peculiar. Para comprobar esto hay que volver a la secuencia de atracción y violación de Juana, porque lo que se quiere expresar con ella es la articulación entre clase dominante y campesinado.

Las dos clases supuestamente antagónicas al tiempo que se oponen, dejan entrever la posesión de un vínculo radical que es el que explica la «afinidad» de la que habla Gabriel y que se produce en el nivel más instintivo. El signo que los une es el de la violencia y el masoquismo. Gabriel se siente arrastrado por el sadismo y animalidad que brota de las profundidades de lo orgánico. A Juana, impulsada por una misma fuerza exigente y ciega, le atrae ser dominada por el señor. La víctima busca ser sometida, subyugada por la violencia que sufre pero en la que encuentra algo parecido a la fascinación. En el episodio de la violación, la actitud de Juana es la de sumisión a algo que ella inconscientemente buscó y por la cual repite un modelo tradicional, de ahí la paralización confusa que experimenta. En este sentido, es su manera de participar y sustentar la estructura social existente. Esto lleva a creer que la clase explotada, por el hecho mismo de ser componente de la estructura, es responsable también de su pervivencia. En consecuencia, el antagonismo de clase es rebajado o neutralizado

—como muestra la atracción de ambos personajes— por la complementariedad. La sociedad serrana queda encerrada en un todo por esta unión de lo diferente pero no antagónico.

Como se ve opresor y oprimido poseen una atracción recíproca, por más brutal que sea. Icaza reformula un motivo muy querido de la novela indigenista (la violencia opresora y su oposición), pretendiendo ir más allá de la interpretación sociopolítica, al integrarlo en un modelo psicológico-biológico. Este vendría a completar y perfeccionar las deficiencias de aquella.

En resumen, el autor se pregunta por aquello que hace que el opresor y el oprimido se articulen para la constitución de la sociedad, y la solución a la que llega es la de que existe junto al principio del poder, el principio simétrico de la atracción por parte del pueblo, explicable por las mismas razones que la opresión inmemorial. Esta es la manera como se incorpora a los oprimidos a una teoría del poder. Se les integra complementariamente en el esquema violencia/sometimiento. Como más tarde dirá el narrador, con motivo del enfrentamiento de los indios de Yatun Yura con los cholos de Guagaloma, la sumisión indígena incita a la represión.

La consecuencia es que el campesinado es visto como parte de la estructura social, en la que su única acción es ocupar una plaza y cumplir una función estructural, de muerte, y nunca de ruptura. La heterogeneidad no aparece y si despunta es para concluir reafirmando lo estructural, la inexistencia de rebelión. Encontramos aquí aquello que se consideró el lado fuerte del realismo del autor ecuatoriano, la promoción de la realidad como objeto, la confianza en el estado como su rasgo más firme, pero que era al mismo tiempo su debilidad definitiva, la incapacidad para dar razón de las fuerzas de cambio, de lo nuevo; de lo real. La fuerza de los textos de Icaza proviene de la intensa impresión de realidad, pero de realidad como estado o estructura; su no saber *faire monde* lo conduce a una interpretación limitada. El pueblo campesino en el marco de esta visión carece de identidad, sólo es visto en una posición delegada, mediatizado por fuerzas fundamentales y primitivas. Como ya los críticos han comentado, identificado a la tierra, visto como materia orgánica, el indígena aparece como un conjunto prehumano o parte de una totalidad orgánica deshumanizada. Si la clase dominante y el pueblo fusionan en el origen y en la violencia, Icaza les quita a ambas clases toda legitimidad en un papel dirigente.

Ahora bien, si nos fijamos en lo que nos cuenta el narrador, esta historia de allegamiento al poder no está concebida como resultado de la voluntad o el arrojo, del aventurerismo o la fuerte personalidad, en definitiva, del individualismo propio de una clase social dominante. Por el contrario, en esta obra el poder y su logro es otorgado al individuo por las fuerzas de un presentido orden subyacente que emplaza al personaje en su lugar asignado. Lo que propone Icaza es una teoría del poder político no como fruto de contradicciones o de procesos, sino expresión de un modelo ancestral. Es por lo que parece que la estructura de la sociedad serrana está ya aguar-

dando a Gabriel. Este sólo puede adaptarse, de ahí que sea un personaje de escasa personalidad a lo largo de su evolución.

Su análisis psicológico se inicia con cierto detenimiento, pero una vez que ha dado el paso fundamental, el personaje se va alejando y el narrador se limita con sumarios escuetos a dar cuenta de las etapas ya cumplidas, sin relatar la manera concreta en que se produjeron. La pasividad del latifundista la encontramos en diversas circunstancias de su aprendizaje. Las fases de adaptación a causa del dominio del entorno, se dan como actuaciones o reacciones mecánicas. El cambio se le impone a su capacidad de dirigir su conducta. Gabriel actúa siguiendo el dictado de impulsos que son más poderosos que su razón y voluntad: La relación con Juana, el castigo a P. Tixi, el peso del «espíritu» de su antepasado o el hecho de que la transmisión sea por herencia: «Gabriel, sin abandonar su actitud casi hipnótica, impulsado por una voluntad desconocida, se puso de pie y flageló cobardemente al hombre amarrando las manos. Al tornarse consciente, sorprendido en su propio delito, buscó la rebeldía, la protesta de la víctima» (58) De este modo se puede pasar de la mentalidad liberal con opiniones de respeto hacia los indios y de renovación de la sociedad, al latifundista cuya psicología está determinada por la plaza dominante.

Encontramos, entonces, que quien debería haber civilizado la naturaleza, es neutralizado, contaminado por ella: sexo, engaños, rasgos psicológicos... Curiosamente, la limitada labor de progreso la realizará un personaje más afincado en el medio, el cholo Isidro. Con todo, Gabriel sólo se vuelve amo plenamente a partir de la crisis con el mayordomo. En esta secuencia en la que acusa y golpea a Isidro, tenemos, desde la perspectiva de los cholos, lo que significa el patrón: El es el modelo intocable, pilar del orden serrano.

No obstante, el protagonismo de Gabriel se va difuminando, según avanza la narración —el narrador emplea comentarios sintetizados que abarcan amplios períodos temporales, hasta el descubrimiento de la deslealtad de Isidro. En este punto, como adelantamos hace un instante, Gabriel recupera la atención del narrador quien vuelve a recoger sus pensamientos, pero su evolución está cumplida y desaparece del relato ya en el penúltimo capítulo. Las palabras finales dejan sentado su estatus definitivo como la culminación de su evolución en un latifundista, continuador y reproductor del poder tradicional. En resumen, en lo que a esto respecta, nada ha cambiado ni puede cambiar, según Icaza. El gran señor se sucede con los atributos eternos. Al final lo que se afirma es la inmutabilidad del poder gamonal. Lo que en un principio pudo ser un brote de renovación, acaba por ser asimilado en el molino de lo viejo:

Gabriel volvió a perdonar a Isidro, y lo que es más —con la prosperidad fácil y el endiosamiento— fue adquiriendo una indiferencia de lo anecdótico, de lo urgente, de lo vital de la escena popular. Se hablaba de él como de algo misterioso e intocable. Se le miraba como a una perspectiva de infinito. Se le

sentía como a una valla inexpugnable, como un pétreo telón de fondo para aforar la tragedia de indios y cholos que seguían por los campos, por los caminos, por los pueblos, por las ciudades (171).

Gabriel queda entronizado con los rasgos casi divinos de distancia y omnipotencia respecto a las otras clases y desentendido, como atributo de su condición, de las menudencias de la vida social.

LUIS MARTUL TOBÍO
Universidad de Santiago de Compostela
(España)